



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14047

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

CONDICIONES

JUEVES 24 DE SEPTIEMBRE DE 1908

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. Correo postal en París: Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 21, Faubourg-Montmartre.

De interés local

Una Real Orden

La «Gaceta de Madrid» ha publicado una Real orden que lleva fecha del 14 del actual aprobando el proyecto para la construcción de edificios destinados a Comandancia de Marina, Dirección de Sanidad Marítima y Junta de Obras del Puerto, con las siguientes bases y condiciones:

Que antes de comenzarse las obras se tengan presentes y se apliquen en lo que sea compatible con la aprobación del proyecto, las observaciones del informe del señor Ingeniero Jefe de la provincia que se refieren al decorado interior.

Que la construcción del edificio se verifique a la distancia de las tapias del Arsenal, que las autoridades de Marina consideren necesarias, quedando el espacio intermedio libre de toda clase de instalaciones para dejar expedita la servidumbre de vigilancia precisa.

Que para la desaparición de las barracas existentes, se consulte al ramo de Marina.

Y que las obras se realicen por contrata.

Según informes adquiridos en los Centros oficiales, las obras comenzarán muy en breve, pues existe el proyecto de que dichos edificios se terminen a finales del año actual.

Notas alegres

Hércules de feria

Era cosa de admirar, en tiempos no remotos, pero en los cuales todavía no se usaba el gas del alumbrado, sino el veloso petróleo, a los Hércules de circo que, entre otras maravillas, lanzaban como si fuesen plumas, sendas bolas, al parecer, sólidas y mrciales, de hierro, y se tragaban estopas encendidas y sables flamígeros, amén de darse en el alambre sus paseos correspondientes.

Y todo esto lo hacían casi de balde, con otro ruido que el de los bombos y pitillos del encargado de darle al parche a la puerta de la barraca en función extraordinaria, los días de feria celebrados con solemnidad en la población, ó en la fiesta del santo patrón de la localidad.

Tales y tan portentosos artistas no se pñan moños, como suele decirse, ni se salían de madre como los que ahora se estilan, y vivían obscurecidos fuera del momento crítico de sus actuaciones, retráidos con modestia y hechos unos perfectos Don Nadie.

Y ahora, en vez de bolas mrciales, levantan aparatosamente otras apariciones, huecas completamente de la castaña con sus ejercicios acrobáticos que se reducen a cuatro planchas mal hechas, algún que otro juego mortal y juegos de prestidigitación, de esos que traen todos los trapales de magia blanca y negra que por ahí se venden juntamente con el «Secretario del Amor» ó arte de escribir cartas amorosas, y «El arte de la cocinera» para hacer todo género de guisos y de salsas.

Y qué pretensiones tienen los Hércules de imitación que salen a plaza en nuestros ruedos, circo y hemírculos! El que menos exige diez ó doce coronas de laurel, que le hagan hijo

adoptivo de la población, que se ponga su apellido a una de las principales plazas de la localidad ó que se esculpa su obscuro nombre en mármoles y en bronce. No pretendieron tanto los más esforzados é ilustres salvadores «da Humanidad» de otros tiempos.

Si de los Hércules de feria y barración descendemos a los Alcibiades de la literatura ó arte nacional, las exigencias son parecidas, y no hay en Carrara ni en ninguna parte, mármoles ni piedras suficientes para erigirles las estatuas, alzarles los monumentos ó ponerles las lápidas en vida que su frescura pretende, ni más ni menos que si hubiesen movido el mundo con la palanca del sabio Arquímedes.

Todavía no tiene estatua, ni calle, ni un mal letrado que le recuerde en ningún poblado, el insigne Tirso de Molina, ni otros ingenios peregrinos que honraron a su patria y a las letras bastante más que los saltimbanquis de ahora, que, por monótonos soporíferos, merecerían conservarse como los arenques, en rueda de barril, que no en salmuera.

La modestia era verde y sirvió de alimento a ciertos seres filosóficos, de cuatro ramos, y ha sido insituida por el autobombo y la plataforma trompeteril, al modo como los sacamuelas de pescante anuncian sus maravillosas aguas contra la caries, y que no es más que un enjuague de almazarrón y vinagre, capaz de levantar las encías, y aún el estómago, al más robusto.

Cesen ya los clarines y los trompetazos, no se saquen las cosas de quicio, y sigan los Hércules de feria tragando sus estopas encendidas y sus flamígeros sables en sus barracas sin otros ruidos ni alardes que los propios y naturales de su prosaica labor, tanto más meritoria y digna de loa, cuanto menos bulliciosa y detonante se manifieste, que al fin y al cabo, en materia de contorsiones y habilidades gimnásticas y acrobáticas, como en proezas literarias, en esta tierra de atletas y de gigantes nada queda por ver ni por asombrar... y el que quiera peces ¡que los pesque!

ABEL IMART

El sombrero de señora á través de los siglos

De todas las prendas que componen la indumentaria femenina, ninguna ha experimentado en el transcurso de los siglos tantas variaciones como el sombrero. Y cuenta que éste no es, ni con mucho, de las prendas más antiguas, pues si bien es verdad que las damas romanas usaban el «calientórno», suerte de gorrilla alta, los sombreros propiamente dichos no se generalizaron entre las mujeres europeas hasta bien avanzada la Edad Media. Antes llevaban éstas tocas, velos y turbantes, como los llamados de caremillo, que las españolas copiaron de los moros. En el reinado de Carlos V aparecieron en Francia los primeros capuchones para cubrirse la cabeza en días de lluvia ó de frío, y poco después, hacia 1400, fueron substituidos por el chapirón, sombreros de tela engrudada, en forma unas veces de cono truncado, otras de corona ó de cuernos de carnero, y del cual pendían velos y telas delicadas que caían sobre los hombros.

El chapirón, que en España, ligeramente modificado, tomó el nombre de rocador, estuvo en moda mucho

tiempo, casi hasta los tiempos de Carlos V y Francisco I, durante cuya época adoptaron las señoras unas gorrillas muy monas, redondas, de raso ó terciopelo con un borde de armiño, que sentaba bien hasta a las más leas. Para las tales gorrillas ideó Margarita de Narra un peinado que pronto imitaron las damas elegantes de todas partes y que consistía en rizarse el pelo sobre las sienes y levantarlo sobre la frente; Leonor de Castilla, primera mujer de Francisco I, introdujo en Francia la moda española del birretillo negro, casi siempre adornado con una pluma. María Estuardo y Margarita de Francia fueron tal vez las más ardientes partidarias y propagadoras de esta moda.

También se emplearon por estos tiempos grandes sombreros de ala ancha, sobre todo en los países meridionales.

Después, sombreros y gorras empezaron a decaer. Se pusieron en boga los peinados extravagantes, y los rizos, cocas, bucles y tirabuzones ocuparon demasiado sitio para que pudiese caber nada más. Solamente algunas damas francesas siguieron el ejemplo de la duquesa de Angulema, que llevaba un sombrero como los de hombre, pero más bajo, hecho de fieltro y adornado con una pluma y una banda anudada á un lado. Más adelante, en los comienzos ya del siglo XVIII, fueron los peinados los que empezaron á bajar, y el sombrero apareció de nuevo en el guardarropa femenino. Primero fué una diminuta toca de encaje; luego un sombrerillo de paja como los de las elegantes pastoras de Watteau. Estos sombrerillos se hacían con paja de Módena ó de la Toscana; era moda llegada de Italia y que sufrió muchas modificaciones como la llamada la «casa de banca», forma de sombreros que carecían de fondo.

María Antonieta y sus contemporáneas prefirieron nuevamente los peinados estrafalarios al sombrero. Había dama que llevaba en la cabeza una verdadera montaña de rizos con flores, frutos, pájaros y hasta muñecos vestidos lujosamente. La reina de Francia inventaba cada día un nuevo peinado; el sombrero fué abandonado por inútil. Nada menos que la revolución francesa fué necesaria para vol-

verlo á poner en moda. La época revolucionaria fué excesivamente rica en nuevas formas de vestidos y sombreros, así de mujer como de hombre. Entonces, aparecieron por vez primera las capotas con bridas, se hacían muy pequeñas, en forma de casco militar. Las inglesas se decidieron, en cambio, por los sombreros enojados, con muchas plumas de avestruz ó de garzas, negras, azules, amarillas, verdes, blancas, doradas. En verano llevaban sombrero de papel blanco con plumas verdes y amarillas. Al llegar el año 1795 había inglesa que llevaba plumas cuatro veces más altas que su cabeza. Un caricaturista de la época, Gilrrey, pintó a las elegantes londinenses metidas en literas con el techo abierto para dejar salir fuera su inmenso cimporio de plumas.

Con todo y todo esto, y que confesar que la tal moda era muy artística; y no podía menos aprixe habiéndola popularizado un artista de la talla de Gainsborough. El sombrero grande de plumas, en el que tantas veces se han inspirado las modas de nuestros días, aparece en todos los cuadros del célebre pintor inglés; el retrato de marquesa de Devonshire basta para demostrar el efecto que produce sobre una linda cabeza femenina.

La época del Directorio fué la de las últimas extravagancias. Las merveilles empezaron por llevar grandes sombreros de paja amarilla con muchas cintas de colores y atados bajo la barba con bridas de muselino; á éstos sucedieron casquetes que parecían copiados de los antiguos camallos, y, por último, se pusieron muy en moda unas gorras como las de jockey, pero con una visera de á cuarta.

En el último siglo, y especialmente de 1830 á 1850, las modas fueron más sencillas. La toca, que hasta entonces había alternado con el sombrero, reinó en absoluto durante algunos años, y por entonces aparecieron también las pamelas. Terminado aquél período, llegó otro en que se pusieron en moda los sombreros minúsculos y las capotas casi invisibles.

Es de creer, que las elegantes tendrían para ellos sus razones de gran valor y es también de sospechar que una de las más importantes, si no la más decisiva, fué el afán de lucir

los artísticos peinados que eran su encanto. Además, había otra razón, que para las señoras tiene siempre un valor grandísimo: el contraste.

Las mujeres de herida se comprenden que el sombrero es uno de los artículos más importantes de vestir, pues el efecto de un hermoso vestido se descompone por completo por un sombrero que no favorezca ó no sea apropiado. Que las sombreros macen y que no son un producto de la educación es un hecho establecido; pero no cabe duda que uno puede mejorar en mucho su gusto y su habilidad.

Era precisamente la época en que los caballeros gastaban chisteras enormes, de anchas alas.

Porque no sabemos ni nuestros lectores lo habrán notado, pero parece ser regla general que cuando mayores son los cubre-cabezas masculinos, tanto más chicos son los femeninos y viceversa.

En esto, como en otras muchas cosas, nuestras compañeras nos llevan siempre la contraria, siquiera sea inconscientemente.

BOLSA DE MADRID

De nuestro servicio particular IMPRESIONES

El mercado, en general, se mantiene firme, pero desanimado y con poco negocio en la mayoría de los corros y en particular en los de fondos públicos.

El Interior fin mes oscila entre 84,65 y 80, cerrado con dinero á este último cambio. Al próximo se han hecho dobles á una mano con 0,20 de report, ó sea á 84,65 contra 84,85.

El Contado en partida sostiene el precio de 84,60, como ayer, y los títulos se presentan más ofrecidos, negociándose á 86,90 y 80.

El Amortizable 5 por 100 sólo cotiza títulos de las series E y más pequeñas á 101,45 y 50; respectivamente. El Amortizable á 4 por 100 publica todas sus series á 90,40.

El Banco de España, siempre moviéndose sobre el mismo terreno, vuelve á recuperar el entero 461 que perdió ayer; el de Castilla gana dos nuevos enteros y se inscribe á 112 por 100 y el del Río de la Plata, se mantiene

EL ALIMENTO DE LOS DIOS 240

Cosar: de esta no hacen ellos caso: empujan en cont, miden con sus propias ideas y sus propias emociones, según su experiencia y de una manera especial. Hemos creado un mundo y no nos pertenecer... Este gran espacio...

—Lo he aplaudido yo.
—Y ahora?
—I o he cedido á mis hijos.
—Justo y nosotros hemos pasado ya, hemos terminado...

—Es natural que hayamos pasado y que hayamos terminado— ¿qué duda cabe? A cada hombre su tiempo. Ahora ha empezado el de estos jóvenes. El que hayamos hecho nosotros un mundo nuevo no quiere decir que estemos en condiciones de vivir en él; somos como la cuadrilla de cavadores que una vez terminado el trabajo, se larga y deja el campo. ¿Lo ve usted? Exprimos nuestros pequeños cerebros y nuestras diminutas emociones, pero que los que vengan después completen desde el principio... ¡Siempre lo nuevo!

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 237

los menes, echados como queriendo dormir. El más cercano á Redwood, cuyo cuerpo estaba vendiendo, alzóse profundamente dormido, y acostado sobre un tocó hecho de ramas de pino. El sabio quimico examinó aquellas vagas formas, y distinguió son apéror la vista de un cuerpo á otro.

—¿Dónde está mi hijo?—preguntó nuevamente.

Entonces, le vió: estaba sentado á la sombra de una muralla de acero. Lo reconoció por su actitud, pero como sus facciones permanecían invisibles y su figura no formaba sino una masa negra. Apoyaba la cabeza en una mano, y estaba como absorto, como absorto en sus propias meditaciones. Junto á él vió Redwood á la pífoca formando otra masa negra, y cuando volvió la la llamo un instante y le habló y melancólicas flecones de la joven. La pífoca estaba en pie apoyando sus manos en la muralla de acero, mirando á su amante y hablándole en voz baja.

Redwood trató de acercarse á ellos, pero Cosar lo impidió ditiéndole:

—Lérgote hablará usted. Antes que nada el mensaje.
—Sí, pero...
—El ver que un hijo le va á quitar la cabeza, dejó de hablar. Aquel y la pífoca hablaban ella y él, él y ella, él y ella en tono bajo.